

REGION de LEVANTE

DIARIO LIBERAL

AÑO III

REDACCION Y ADMINISTRACION

PLAZA DE CETINA NÚMERO 1 (BAJO)

Murcia 26 de Febrero 1906

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En Murcia y fuera al mes UNA PESETA

NUM. 592

La influencia del momento

Ayer entramos de lleno en los días en que reina Momo, pero la influencia de los carnavales sientense antes y después de ese momento «psicológico» en que á hora justa y por tres días oculta la seriedad para que brille en todo su esplendor esa locura de las máscaras que es la mayor de las locuras.

Desde la semana anterior á carnaval comienza á apuntar la broma y de ese modo se esporea que personas y aun corporaciones que jamás debieran arrugar sus rostros con las duras y quebradas líneas de la burla, realicen muecas grotescas á virtud de actos poco en consonancia con el carácter de una entidad, la más seria de cuantas existen en las sociedades civiles de los modernos tiempos.

Nos referimos á lo ocurrido en la sesión que celebró el viernes último la corporación municipal.

Un vecino, elector y contribuyente, que conoce sus deberes y sus derechos, al saber que en el último sorteo había sido nombrado asociado un individuo que falleció en el año de 1899, y que otros de los favorecidos resultaban incompatibles, protestó ante la corporación con el fin de que los incapacitados, fuesen sustituidos en la forma que procede, según la ley municipal vigente. Dada cuenta á la corporación, comenzó á tratar ésta del recurso y sin duda el concejal Sr. Peña vislumbra en el acto no sabemos qué fines, que le obligaron á usar de la palabra y á oponerse en serio á la petición formulada por el recurrente.

El Sr. Peña llegó en aquella sesión hasta á negar que fuese cierta la defunción del asociado protestado no obstante la exhibición de la partida; sostuvo que un Manzano, el mismo contra el que se fundaba la protesta, había asistido recientemente y con frecuencia á su despacho y provocó una votación en la que sus compañeros, dando valor supremo á la aserción del jefe, dieron un soberano mentis al texto de un certificado expedido por un juez municipal, amigo suyo por más señas.

¿No basta lo dicho para que el público forme juicio del asunto y hay aun quien insiste en el criterio del aludido concejal? Pues allá vá un comunicado que recibimos ayer:

Sr. Director de REGION DE LEVANTE

Muy señor nuestro: Enterados infinitud de vecinos de las gratias afirmaciones que hizo el concejal Sr. Peña en la sesión del Ayuntamiento del viernes último, en las que aseguraba que el asociado electo Fulgencio Manzano Cegarra, de la Puebla de Soto, vivía, y no siendo esto cierto, me han comisionado para que testimonie públicamente la defunción, lo que hago por el presente acompañando fecha exacta del fallecimiento acaecido en Octubre del año 1899.

Rogándole la inserción de este comunicado y dándole gracias, se ofrece su afmo. amigo s. s. q. b. s. m., Juan Manzano Pastor.

Ahora, después de lo dicho, ¿qué comentarios surgen? ¿Como justificar la actitud del Sr. Peña?

Solo puede justificarse de este modo: conviniendo en que el carnaval comenzó en la tarde del pasado viernes. Pero aun así y todo ¿qué dirán los murcianos al ver el salón de sesiones de la Casa Consistorial convertido en centro de bromas, templo de Momo y campo de las proezas y de las hazañas de Arlequin?

Concurso de la Piña Artística

Recuerdos

De esto hace próximamente un año. Era yo entonces menos escritor (¿?) que hoy, pero más joven de ilusiones.

Entonces un año menos que ahora, faltaba en la balanza de los desencantos. La de la ilusión estaba más repleta, pléfrica...

Mi primer trabajo, el que me dió á conocer á los lectores de REGION DE LEVANTE fué un cuento premiado con un «accesit» en un concurso semejante á este cuyos resultados puede saborear el perito lector.

«Clavos de sangre» se intitula el cuento y aunque flojo y poco literario, guardo su recorte como cosa muy apreciada. Significa mi primer pinito en las lides literarias.

Después ha transcurrido un año parece que fué ayer! Mi labor es conocida por el público y por mí. Me consta, tristemente, su insignificancia y nulidad.

Más esto no obsta á que un agradecimiento íntimo arraigue en mi corazón, hácia esa «Piña Artística» que alienta á los jóvenes, fomenta sus aspiraciones y galardona sus méritos.

Que estos concursos tienen su importancia lo prueba el hecho de que se vienen celebrando desde hace dos años con éxito creciente y que á ellos concurren literatos de tan probada competencia como don Andrés Blanco, don Enrique Martí, don Rodrigo Vivero y otros.

Literatura, hoy tan menospreciada, se sentirá orgullosa de Murcia. En nuestra ciudad hay una juventud que ama el arte y aspira á que su nombre se clarifique entre el resto.

Anímennos todos y preparados vayamos á un concurso monstruo que se organiza para las fiestas de Abril.

A la brecha, con valentía, con decisión.

Las fuerzas cuando hay voluntad, nunca faltan.

R. PONTONES.

Broma triste

Historia que parece cuento

El carnaval, con su corte de pierrots, pajes, mascotas, polichinelas y majas, aullaba en las calles, en plena tarde primaveral.

Hasta el comedor donde nos encontrábamos, llegaba la voz estridente y aguardentosa de un cómico charlatán que vestido de frac y con la cara embadurnada de yeso amarillo, peroraba subido á lo alto de un carro, en la puerta de un restaurant. El público—casi en su totalidad compuesto de astrosas máscaras—celebraba con grandes carcajadas los burdos epigramas, que burla burlando, salían de la grotesca boca del orador: dábase una buena maña en hacer añicos la aburrida moral de la comedia de la vida.

Hubo entre nosotros un momento de silencio, pero aquella sorpresa pasó con rapidez; verdad es que no estábamos en situación de oír discursos, y dimos suelta de nuevo á nuestra charla. Mis camaradas, bullidores y locuaces se agitaban locamente, en plena juega carnavalesca y la comida terminaba como suele terminar siempre entre gente alegre y de pocos años. La mordacidad más desenfadada empezó á hacer sus víctimas... Yo, un poco taciturno, como siempre, sonreía á ratos, y á ratos miraba desde mi asiento los arboles de un jardín contiguo, que al través de los sucios cristales del balcón, ostentaban raras siluetas; de vez en vez, temblaqueaban sus oscuras hojas rápidamente, á impulsos de la brisa, como atacadas de súbitos estremecimientos.

Prodigaba el champagne en las cabezas sus dislocados efectos; en aquella at-

mósfera de cinismo y de sensualidad, evocábanse triunfos fáciles obtenidos con mujeres conocidas portodos, aventuras de escándalo, se amaban epigramas con los nombres más repetables.

Comprendí que estaba sólo entre toda aquella gente; no diré tant si he de decir verdad: mi vecino de mesa, un joven rubio, alto y pálido á quien yo apenas conocía, callaba también y permanecía distraído y como ausente de sí mismo.

Decidí mareharme; hacia ya rato que sentía un vago sobresalto, más aplacé mi resolución por no interrumpir á mi amigo Luciano X, que subió á una mesa, discurseaba en su voz meridional, de líricas sonoridades.

—¡Ah, señores!—gritaba—¡creedme, mi mas vehemente y bello deseo ya lo conocéis. Trato de formar un alma compleja y extraña: en su composición entrarán, el alma de un político-orador-regenerador de esos que explotan el cuerpo social, el alma de una bailarina de esas que explotan el sayo propio, el alma de un aristócrata de esos que la tienen plebeya, las almas de un anarquista, de una monja, de un caballero-santiaguista y ¡qué sé yo! tal vez también la mia... Con ellas me propongo ¡oh, amigos míos! formar mi alma-arlequin...

No pudo continuar. Abrióse la puerta del comedor bruscamente, y un camarero, con un paño azul en la mano, gritó sin más preámbulos:

—¡D. Luciano X!
—Soy yo, ¿qué se te ofrece...?
—Un telegrama urgente para usted. Lo acaban de traer...

—Venga, venga—dijo—Luciano apresuradamente, con voz débil...

Lo que pasó en aquel momento no se borrará jamás de mis recuerdos. Tomó Luciano el papel y apenas lo hubo desgarrado, puso el pálido y desenejado como un muerto. Se produjo un silencio helado que ninguno nos atrevíamos á romper... Luciano, hondamente conmovido prorumpió en sollozos y nos alargó el trágico papel que temblaba epilépticamente en su mano.

En aquellas líneas doloridas, pero brutales, un amigo oficioso decía con laconismo inaudito: «Victima de terrible desgracia falleció tu madre esta mañana. Ven inmediatamente».

¿Creerán ustedes que hubo ceños torvos, amargos comentarios, palabras de lástima y consuelo ofrendadas al recuerdo de nuestro atribulado amigo? Nada de eso. El terrible incidente—apenas hubo salido el pobre Luciano—se trató casi en tono de chanza.

—¡Diable, la broma es un poco triste—dijo uno.

—¡La oportunidad es una rara virtud!—replicó otro.

—¡No ha podido esperar al miércoles!—agregó un tercero.

Y la orgia siguió en todo su esplendor.

Yo sentí de repente una acometividad misteriosa y profunda, un deseo irresistible de ahogar de alguna manera aquella alegría estúpida, pero dominó mi indignación un espectáculo inesperado: El joven alto y rubio, profundamente pálido, lloraba en silencio, procurando en vano ocultar y disimular sus lágrimas.

Apenas me daba cuenta de lo que veía. ¡Llorar! ¡Llorar! ¡Qué ridículo alarde, qué inaudito arranque de sensibilidad! Aquel callado dolor, entre aquella turba de egoístas me causó un efecto inenarrable. ¿Sería un enternecimiento hijo de la borrachera?

En aquel momento, uno de los asistentes llamó á grandes gritos desde el balcón á una bandada de vocingleras mascaritas, que al poco invadieron el comedor entre piruetas y cabriolas.

Desde aquel punto, las carcajadas, los epigramas y los brindis no cesaron (un instante. Formáronse parejitas arrulladoras y el café fué servido en medio de una orgia horrible.

El joven alto acentuaba su sombría taciturnidad, acogió con un gesto de soberano desdén las caricias de un lindo pajecillo á lo Watteau, que intentaba con felinos ademanes robarle las rubias melenas, y sin ser notado levantóse y se marchó en silencio...

Declinaba la tarde. Desde la calle subían sin cesar los zumbidos de loca columna humana...

Me intrigó el inesperado rasgo de nobleza del que había sido mi vecino en la mesa, y á la salida del restaurant, ya de noche, conseguí entablar un diálogo tranquilo con uno de mis camaradas, mientras recogíamos los abrigos.

—¿Has observado—le dije—la emoción de ese joven alto y rubio que estaba á mi lado? Parece que lloraba...

—¡Phs...! Tendría el vino triste...

—¿Tu le conoces bien...? Ha dado prueba de una gran delicadeza de sentimientos...

—¡Bah! Un carácter extraño. Un poco bohemio y un poco idealista; pero—agregó bajando la voz—me permito aconsejarte que no cultives su amistad; es un desheredado. Ya ves, no ha conocido á su madre...

No quise oír más. ¡Oh, qué horrible sarcasmo, qué tremenda ironía de la fortuna! ¡El único que se enterneció por la muerte de una madre, no sabía quien era la suya...!

Sin despedirme de nadie me perdí entre el alcaido oleaje humano...

El Carnaval, con su corte de pierrots, pajes, mascotas, polichinelas y majas, seguía aullando en las calles. Aun pude divisar, á los lejos, la silueta del cómico charlatán que vestido de frac y con la cara embadurnada de yeso amarillo, seguía perorando, grotesco y extraño, desde lo alto de su carro.

ENRIQUE MARTÍ.

El carnaval de la anciana

Lema: NOCTURNO

Premio del tema 5.º

Rozando con su aliente marchito los cristales, llorosa permanece junto al balcón la anciana (ciena); escucha los sonidos de música lejana que evoca su pasado de ensueños ideales.

Galanteos y risas de antiguos carnavales, solemnes reverencias de señoreal pavana, recuerda. Por la calle, pasa una caravana de máscaras alegres, reideras, sensuales...

Impregnando la brisa de perfumada (estela) se pierden en la oscura y angosta calle (juela)...

las mira en el silencio la anciana taciturna (turna)...

¡Sólo se compadecen de su melancolía las dulces claridades que en ósculos le (envía) la Diosa que preside la bóveda nocturnal!

LEÓN GONZALEZ.

Notas del Carnaval

Premio del tema 3.º

La animación disminuía gradualmente. Las enmascaradas figuras revelaban síntomas de cansancio en el desorden de sus disfraces y en el andar lento.

La tarde agonizaba. Todo iba al unisono de la tarde.

El ruido que en un principio fué ensordecedor, habia degenerado en indolente murmullo, las sombras de la noche mareó de aquel cuadro de alegría decadente fecundaban mi alma de intensas nostalgias, mi imaginación volaba con compases de águila...

Negruras y más negruras; anhelos en-

contrados, rastreros instintos, cosas repugnantes, regiones pecaminosas, nubes de humanas pasiones, todo del mismo color.

¡Luz! ¡Luz! demandaba impo ente sintiéndome débil. ¡Luz! ¡Luz! p dian mis ojos en su mudo lenguaje.

El águila de mi imaginación aceleraba en vano su vuelo, no tenían fin sus nieblas, hasta la luna respetaba el luto de aquella noche, hasta era negro su plumaje.

Sintió miedo, lo sé yo, temió que aún siendo negras se manchasen sus alas, y las batía recelosa por intangibles regiones...

Una máscara de apariencias femeninas, acercándoseme, distrajo mis reflexiones con sus alcaidos ademanes y bulliciosa charla.

Entre otras cosas me habló de un amor primero, sus palabras germinaron en mí.

Se fué, aquel recuerdo redentor me hizo penetrar en un mundo de ensueños, me sentía feliz; el águila de mi imaginación habia sufrido una metamorfosis: se habia convertido en blanca paloma que me prodigaba inocentes arrullos.

Olvidé lo pasado, bendije el Carnaval.

JOSÉ MARIA COSTA.

Mancha de color

DEL NATURAL

Premio del Tema 6.º

Cruzan policromos papeillos el espacio; ondulan en el aire serpentinas; flamean como banderas triunfales las cálidas notas de los vestidos femeninos; bulle en ruidosa confusión la gente, y el sol, desatando sus bucles dorados sobre la tierra, parece poner en la sangre, junto con el primer anuncio de la Primavera, la retozona alegría que hizo de Momo un dios y de Dionisos una divinidad. Es el día en que las personas, engañándose á sí mismas, ponen un disfraz sobre el que les dió la Naturaleza; el día en que las miserias y tristezas, encubiertas con chillones colorines, salen á la luz, victoriosas, triunfantes; el día obligado en que la gente bromea: Carnaval...

Centellea el sol en lo alto y hace brillar, escintillando, multitud inmensa de impalpables átomos. Un rumor grave asorda á la capital, y por cima de todo, amalgamándose en heterocelta unión wagneriana, potentemente resaca el conjunto ingravido de lo que caracteriza el humano y exterior regocijo: lo que muestra en síntesis el alma externa de la multitud: las risas, los gritos, las bromas, los charloteos...

Pasan máscaras... máscaras... El desfile continúa rápido, mostrando como en diorama sorprendente, mentiras que parecen realidades y realidades que parecían mentiras.

Se dan la mano para engendrar monstruosas aberraciones, la incultura y la fantasía, naciendo de tamaño maridaje uniones estupidas, que rechaza el espíritu con dolor y que llevan al ánimo profunda sensación de malestar, grave quebranto que se enseñorea de él y lo mortifica.

Aquí un clown dá broma á otro clown de la política, llamándole compañero; allá la Justicia pasea del brazo de un bandido, inclinando el flol de la balanza á impulsos del dinero; acá un Rey, uniendo cosas antitéticas, conduce á una República; acullá la Muerte se empeña en dar la vida á un recién nacido; allí rie y gesticula, en medio de un grupo de papanatas, un demente, y en lo lejano, con gritos resonantes, con contorsiones llamativas, un Esqueleto andaluzado persigue á la representación de la abundancia, á una lucida cabalgata de las bodas de Camacho...

Un Pierrot trágico, mensajero del deshonor, refiere con crueldad hechos públicos, conocidos de todos, menos de él, y ahonda y encana la herida con el

